

umbral del aire» (p. 24). El amor no se opone a la razón ni a la exploración científica. Quien se abre al Amor con A mayúscula no pierde la cabeza ni abandona la razón. Quizás adquiere una sana dosis de humildad al intentar reconocer, con Chesterton, que «el cristianismo es la misma razón... el cristianismo surgió de la mente de Dios, maduro y poderoso» (p. 132).

Quien encuentra a Dios no deja de luchar y crecer, de pensar y dudar, de innovar y crear. Dios rebasa nuestro intelecto. Mas, al mismo tiempo, el cristiano descansa. Experimenta el júbilo (*joy*) que describe Lewis, pues, como dijo el papa Benedicto XVI, la fe es un «encuentro con Aquel que es la Verdad y el Amor» (discurso, 5 de junio de 2006).

Carroll Rios de Rodríguez

Referencias

Pérez, J. Ernesto Sabato o la transformación del espíritu científico. *Revista Terminal*, 30 de abril de 2013, recuperado de <http://revistaterminal.cl/web/2013/04/ernesto-sabato-o-la-transformacion-del-espiritu-cientifico/>

Nuwer, R. ¿Desaparecerá alguna vez la religión?, *BBC Culture*, 25 de enero de 2015, recuperado de http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/01/150116_vert_fut_desapareceran_las_religiones_alguna_vez_finde_yv

John Polkinghorne (2000). *Ciencia y teología: Una introducción*. Santander: Sal Terrae. 198 páginas.

Se suele decir que los libros son juzgados por el tema que presentan y, sobre todo, por el autor que lo desarrolla. Los lectores o estudiosos interesados en profundizar en ciertos temas específicos prefieren, por lo regular, leer a los autores que sean autoridades en la materia. Si lo anterior es cierto, este libro no es la excepción. John Charlton Polkinghorne es uno de los académicos más importantes en el diálogo entre ciencia y fe-teología. Empezó siendo un brillante profesor de Física Teórica en Cambridge, llegando a ser miembro de la *Royal Society*. Algunos años

después, para sorpresa de muchos de sus colegas, Polkinghorne decidió estudiar teología y fue ordenado sacerdote de la Iglesia anglicana en 1982. Ha hecho importantes publicaciones sobre el diálogo entre ciencia y religión. Su vida ha girado en torno a la búsqueda de la verdad como científico y como teólogo, tomando con gran seriedad —esto es, con honestidad y apertura intelectual, según el mismo Polkinghorne— el estudio de ambas disciplinas y viéndolas como complementarias y no antagónicas. Fue fundador de la *International Society of Science and Religion* y ganador del premio Templeton en 2002.

En este libro Polkinghorne se plantea la pregunta de si realmente la ciencia y la teología se encuentran en las antípodas. Él concluye que, realmente, estas dos disciplinas intelectuales son compañeras en el gran esfuerzo de la humanidad por comprender la realidad y la experiencia. Como consecuencia lógica, estas se relacionan e interactúan de manera creativa y fecunda. Para encontrar las maneras y formas de interacción, Polkinghorne en el capítulo 1 expone la naturaleza de la ciencia y de la teología; descripción que evita lo simple y superficial y, más bien, dibuja la complejidad y realidad de ambas disciplinas. En este esbozo se reflejan comparaciones metodológicas y epistemológicas que dejan ver las áreas de interacción y de similitud, concluyendo que en el fondo ambas disciplinas son muy parecidas aunque se ocupen de asuntos distintos (la teología de Dios y la ciencia del mundo físico).

El que la ciencia se ocupe del mundo físico no la excluye de complicaciones y problemas interpretativos. Esto se debe a que el mundo físico, aparentemente tan ordenado y claro, se manifiesta irregular y borroso en la escala subatómica. Puesto que estos avances científicos son importantes en la relación entre ciencia y teología, Polkinghorne los desarrolla en capítulo 2 de una forma accesible al lector no especializado. En esta sección se habla de la teoría cuántica, de la cosmología, del caos y la complejidad y el tiempo, siempre evaluando las diferentes perspectivas y teorías que se han desarrollado en torno a estos descubrimientos. Una innovación que el lector podrá encontrar en esta discusión es el enmarcamiento de estos temas en la reflexión metafísica.

El capítulo 3 trata uno de los puntos más importantes de la interacción entre ciencia y teología: la naturaleza de la persona humana. ¿Y esta no es parte del mundo físico? —se preguntará alguien. Sí. Sin embargo, el hombre se diferencia de otras realidades físicas al poseer conciencia de su propia identidad y al

estar abierto para el encuentro con Dios. Precisamente es esta singularidad la que hace que la comprensión de la humanidad sea un tanto más difícil, como lo evidencian las varias interpretaciones que se abordan en el capítulo. Polkinghorne sugiere que tal vez todo esto se trate de un misterio sin solución, ya que para comprender qué es el humano quizás haya que situarse más allá de él. Aunque cabe tal posibilidad, ello debe ser planteado como último recurso y no como el supuesto inicial.

El capítulo 4 avanza un poco más al ocuparse de la naturaleza de Dios desde el punto de vista de la tradición occidental. Aunque la idea de Dios y su naturaleza no está exenta de problemas filosóficos y epistemológicos, el autor presenta lo que cree son las creencias consonantes de la fe teísta. Una visión teísta no pretende entrar en conflicto con la ciencia sino, más bien, complementarla a través de la teología natural. Aquí es donde vuelve a surgir otro dilema, ¿qué concepción de la teología natural escoger? Después de hacer un brevísimo repaso del panorama histórico de esta idea, se presenta la propuesta de una teología natural revisada. Esta tendría como fin, más que buscar pruebas de la existencia de Dios en el mundo, el de abrir perspectivas y trascender el dominio de la investigación científica para abordar metacuestiones que desbordan el pensamiento científico. En otras palabras, la teología natural revisada abordaría la vieja pregunta de Leibniz: ¿Por qué existe algo y no más bien nada? En el mismo capítulo la discusión se ensancha al pasar de la teología natural a la teología de la naturaleza, la que transcurre desde Dios hacia el mundo. Aquí se acepta el relato científico en el nivel que le es propio, con el fin de proponer una metainterpretación alternativa tanto del hombre, con una realidad humana más amplia, como de la creación, como un mundo dotado de valor —experiencias éticas y estéticas. De esta manera se sugiere que el teísmo puede proporcionar respuestas coherentes a dichas metacuestiones y hacer fructífero el diálogo e interacción entre ciencia y teología.

Debido a que la teología natural es, en cierta manera, limitada y puede ser compatible tanto con el teísmo como con los restringidos conceptos deístas, Polkinghorne avanza un poco más al describir la acción divina (cap. 5). Aquí la cuestión que se plantea es la relación de Dios con el mundo: ¿Cómo es posible concebir que en un universo ordenado tengan lugar acciones divinas singulares, incluyendo los milagros? El autor se ayuda de la teoría cuántica

y la teoría de los sistemas caóticos para comprender no solo la acción divina sino la humana.

Después de abordar todo lo anterior, queda un paso más que dar. ¿Cómo se encaran desde una perspectiva científica afirmaciones más complicadas como la resurrección de Cristo, la Trinidad y el destino del hombre más allá de la muerte? El capítulo 8 se encarga de responder a esta cuestión y proceder a la búsqueda de una fe bien fundada. Se aborda específicamente la teología cristiana, ya que Polkinghorne opina que una tradición solo puede ser verdaderamente conocida desde su interior, por aquellos que la practican. No se trata de un capítulo que aborde exhaustivamente toda la teología cristiana. Más bien se limita a considerar la revelación, tanto en la Escritura como en la tradición, la resurrección de Jesucristo, la cristología, la Trinidad y la escatología.

El penúltimo capítulo se abre en la discusión para abordar la interrelación entre las grandes tradiciones religiosas y proponer un escenario auténticamente ecuménico teniendo a la ciencia como punto de encuentro. El libro concluye con diversos comentarios acerca de las implicaciones éticas de los descubrimientos científicos, teniendo como directrices generales el uso justo y sostenible. Añadiendo una idea más a la discusión y principal cuestión del libro, se sugiere que el creyente puede ofrecer, además de los principios orientadores aceptables a cualquier persona, una razón que explique el origen de las instituciones morales y éticas: Dios.

Este libro, a pesar de haber sido publicado hace 20 años en inglés y 18 en español, sigue siendo relevante y esclarecedor con respecto al tema de las relaciones entre ciencia y fe. Polkinghorne sabe ofrecer una presentación equilibrada de las dos disciplinas, cualidad de alguien que conoce las dos materias desde adentro, mostrando claramente y sin miedo los puntos de encuentro, pero sin obviar y evitar las divergencias. Algo que agrega valor al libro es el tratamiento, discusión y análisis en cada capítulo de las diversas posturas existentes en esa época. La bibliografía presentada al final de libro será de gran ayuda a quienes pretenden seguir profundizando dicho tema.

Josué Estrada